

Me quito los zapatos y salto al agua. Quedan abandonados al sol, dos islotes de sombra en un mar de luz. Mi cuerpo flota en el aire unos segundos, presagiando el encuentro con el mar, y luego el golpe, el choque con el agua, la colisión de sólido y líquido y la caricia fría que me envuelve por completo.

La he visto caer. Estaba en el muelle y al segundo siguiente ya no estaba. Una carrera infantil, un traspíe y una niña de cinco años ya no está. Tras ella sólo queda su muñeco de trapo sobre las tablas comidas por la sal. El grito de una madre y sus manos extendidas atrapando viento. Una gaviota asustada levantando el vuelo, cortando por la mitad un rayo de sol.

Me he quitado los zapatos y he saltado al agua.

Entro en el agua suave, cuchillo en mantequilla salada, y subo a la superficie a buscarla. Sol, cielo, agua y mar. Giro en redondo buscando a la niña, sabiendo que el tiempo pasa, se escurre deslizándose hacia la muerte con un sonido de chapoteo.

No sabe nadar y, aunque supiera, el frío, el miedo, la sorpresa, harían que lo olvidase. Manotea el agua en un intento desesperado e instintivo por mantenerse a flote, luchando sin comprender, estirando su menudo cuerpo tratando de mantener la cabeza fuera del agua. Sus esfuerzos no son suficientes. La fuerza de la desesperación no basta, nunca ha bastado, ni en el mar ni en la vida, pero ella no lo sabe. No ha vivido lo suficiente para saberlo. La sal le escuece en los ojos. Los cierra pero enseguida vuelve a abrirlos. Busca

la luz, el sol allá arriba, la silueta de su madre gritando en el muelle y el mar, el mar que sube a su alrededor para borrarlo todo.

La veo. Un pequeño círculo de agua agitada. Un destello de cabello rubio que desaparece. Nado hacía ella con violencia, rompiendo el agua más que atravesándola. Una brazada y ella todavía está allí. Otra y ya no está, apenas unas burbujas en una superficie de espuma. Me sumerjo, abandono la luz del día y muerdo al mar con mi cuerpo y en la oscuridad azul, vuelve el recuerdo de mi padre.

Tenía siete años. Llamaron a la puerta, oí como alguien hablaba con mi madre y luego la oí gritar. De rabia, de furia, de desesperación y al final, sólo al final, de pena. Entró en casa llevando en la mano los zapatos de mi padre. Los dejó sobre la mesa, se sentó en una silla y, sin dejar de mirarlos comenzó a llorar, dejando que el llanto creciera poco a poco, pasando de las lágrimas a los sollozos hasta convertirse en un lamento gutural hecho de agua y tristeza. Lloró durante horas y, en todo ese tiempo, no pude apartar la vista de aquel par de zapatos de cuero negro, de cordones finos y suelas desgastadas. Nunca supimos qué pasó.

La mañana era clara, el mar estaba en calma. Lo vieron pasear por el muelle como le habían visto hacerlo muchas veces. Le gustaba el mar, le gustaba mirarlo en los días soleados y en las noches brumosas, con las olas rompiendo embravecidas o convertido en un espejo de plata, devolviendo la luz naranja de un atardecer. Cuando quería pensar en algo que le preocupaba o simplemente relajarse y conectar con el mundo, se acercaba al muelle y dejaba que su vista se perdiera en el horizonte de agua. Esa mañana no parecía distinta. Los que le vieron lo encontraron apacible y tranquilo y nadie entendió

por qué lo hizo. Sin motivo aparente, se quitó los zapatos y saltó al agua. No volvió a salir.

Una mancha gris en el azul profundo. El movimiento convulso de la niña que todavía pelea con el agua como si se tratara de una escalera con escalones demasiado altos para poder subirlos. Avanzo manteniendo la respiración, sabiendo que el tiempo se nos acaba, que tengo que llegar a ella lo antes posible y subir a la superficie cuanto antes. Nos hundimos en la oscuridad. Los rayos del sol penetran cada vez más débilmente en la tiniebla gris que nos envuelve.

El movimiento cesa. Brazos y piernas se detienen. Su cabello rubio flota tapándole la cara. Demasiado tarde. Llego demasiado tarde y aun así, doy un último impulso a mi cuerpo y mi mano se cierra con fuerza sobre el brazo de la niña.

Al sentir el contacto la vida vuelve a su cuerpo como una descarga eléctrica. Abre unos ojos enrojecidos a los que el terror les ha arrebatado la cordura. Sus manos se convierten en garfios que se clavan en mi cuerpo, sus piernas se enredan con las mías. Intento liberarme de su abrazo pero la fuerza de la histeria está con ella, el deseo atávico de supervivencia que la convierte ahora en una plomada, en un peso muerto que tira de mí hacia lo más oscuro de las profundidades y que acaba de un solo golpe con su única oportunidad de salvarse y con la última respiración que guardaba yo para volver con ella a la superficie.

Mientras mi cuerpo, prisionero de su abrazo desesperado se hunde, miro hacia arriba para ver por última vez la tamizada luz del sol, la promesa hecha recuerdo de un mundo sólido que se disuelve para siempre en este mundo líquido que será nuestra mortaja. Dejo de luchar contra la niña y le devuelvo el abrazo, una promesa mentirosa de que todo va a ir bien, un falso consuelo para afrontar el final con serenidad. Y siento que su

cuerpo se afloja, se distiende, se relaja, noto sus uñas saliendo blandas de mi carne y sé que la ha alcanzado la serenidad o la muerte. Cierro los ojos, abandonado a lo inevitable, abro la boca y dejo que el agua me invada.

Me hundo. Mi cuerpo busca el fondo y yo me abandono sin lucha, cerrando los ojos en el último descenso. De repente me doy cuenta de que quiero vivir, de que no puedo dejarme ir así, sin más y, aunque las fuerzas me fallen, aunque ya no sea capaz de nadar, ni siquiera de bracear y mucho menos de volver a la superficie, decido consumir los últimos segundos de mi vida siendo consciente de ella. Y abro los ojos.

El fondo no es como había creído. No es un mundo solitario en un bosque de algas. Rodeado por una bruma de un azul denso, siento que no estoy solo. Percibo movimiento. Dejo a mis ojos que hagan un último esfuerzo, que busquen a su alrededor antes de que la luz de la muerte los apague para siempre, ansiando llevarse una última imagen, como el último trago de una copa que es necesario apurar. Y entonces veo.

Primero es la niña que he tratado de salvar, flotando en el agua como si hubiera aprendido a volar. Pero no es la única. Tras ella se perfilan más cuerpos. Hombres, mujeres y niños que bailan al son de las mareas en las noches sin luna, llevando el compás de las corrientes, con los miembros inertes acompañando la danza de las olas. Algo en mi cerebro me dice que estoy viendo a los ahogados. A todos los ahogados. A aquellos marineros que sucumbieron en una noche de tormenta, a los pescadores que perdieron la vida buscando la pesca más allá de las aguas seguras, a los emigrantes que se ahogaron cruzando el mar en frágiles balsas, a todos los hombres y mujeres que creyeron que podían atravesar el océano y nunca lo consiguieron. Y a los suicidas,

aquellos que eligieron un sepulcro de agua y sal para poner fin a sus vidas, aquellos que creyeron que volviendo al mar volverían a ser agua, a disolverse en ella.

Y ahora soy yo el que me disuelvo, pero no con el mar. Soy yo el que me fundo con todos esos cuerpos hundidos. Soy yo el que me sumo al baile sin música de los ahogados. Porque soy uno más, el último de los ahogados.

Los dedos fríos de una mano se cierran en torno a mi brazo. Con las últimas fuerzas, abandonando los últimos vestigios de racionalidad, vuelvo la cabeza para encontrarme cara a cara con el propietario de la mano helada. En las cuencas vacías de unos ojos comidos por los peces, en la carne deshilachada del rostro hinchado y marcado por el tiempo que ha pasado sumergido, reconozco los rasgos de mi padre. Y ahora sé que antes de morir he perdido la razón.

Un extraño calor me despierta. Es el sol en mi rostro. Abro los ojos y me encuentro empapado sobre las tablas del muelle. Oigo sollozos, una mujer. La niña, empapada, bebe el aire a bocanadas y ahora es el abrazo de su madre el que amenaza con ahogarla. Su madre, que llora y ríe al mismo tiempo, que la acaricia y la sacude y la vuelve a abrazar para asegurarse que su hija está viva y está con ella, aquí en esta mañana soleada en el muelle de tablones comidos por el salitre. Su mirada se cruza con la mía y debajo de las lágrimas puedo ver su gratitud, su alivio y una punzada de miedo que no acierto a comprender.

Levanta a su hija en brazos, musita unas rápidas palabras de agradecimiento y abandona el muelle casi corriendo, como si algo malo pudiera pasarle si permanece demasiado tiempo, como si todo pudiera revertirse de repente y ella no tuviera a quien estrechar

entre sus brazos y su hija pudiera convertirse en una nube de burbujas en un mar en calma.

Me incorporo lento, dolorido por el esfuerzo. Los músculos se resienten, la pierna derecha se me agarrota y estoy a punto de sufrir un calambre. Pero pasa y me pongo en pie. Me encuentro desorientado y no consigo recordar como he vuelto al muelle. Recojo el muñeco del suelo, un huérfano de trapo, y ando descalzo y empapado a recuperar mis zapatos.

Allí siguen, las dos manchas negras sobre las tablas agrietadas. Noto un escalofrío aún antes de recogerlos. Porque esos no son mis zapatos.

Son los zapatos de mi padre.